

Novela o memoria

La imaginación no es más que la memoria fermentada, dice António Lobo Antunes corroborando algo que ya es sabido desde el principio mismo de la novela: que ésta se nutre de la experiencia, ya sea la del autor, ya sea la de otras personas.

Sin embargo, hay críticos literarios que pretenden todavía deslindar ambos conceptos, como si autobiografía y ficción, o biografía y ficción a secas, fueran ideas contradictorias. Así, anulan todo lo que confunda ambas, calificándolo de antinovelesco.

Hace ahora doce años, cuando publiqué esta novela que ahora reedita Alfaguara, comprobé hasta qué extremo lo dicho antes sigue vigente en nuestro país. Más de un crítico y lector en seguida la situaron en el campo de los libros de memorias, negándole la posibilidad de ser novela. Y eso que, en la introducción a ella, yo señalaba ya expresamente que se trataba de una ficción por más que se desarrollara en un espacio existente y aparecieran en ella personas, comenzando por mí mismo, que vivieron realmente en ese sitio, anticipándome a esa impresión. Pero, como decía Einstein, es más fácil

desintegrar un átomo que una idea preconcebida, y algunos críticos y lectores (más críticos que lectores, si tengo que ser sincero) en seguida dijeron que esta novela no era novela, sino una autobiografía encubierta. Afirmación que, a decir verdad, yo esperaba ya, pero no con tanta vehemencia. Porque, primero, aunque fuera ciertamente una autobiografía encubierta, eso no la inhabilitaría para pertenecer al género de lo novelesco (¿hace falta que señale aquí y ahora el ingente número de novelas, de todas las épocas y los estilos, que relatan la vida de sus autores?) y, segundo, porque, en el caso concreto de ésta, además, esa afirmación es falsa, ya que el noventa por cien al menos de lo que se cuenta en ella es pura imaginación. De ahí que sus protagonistas la acogieran con recelo, precisamente por su inverosimilitud.

Doce años después de haberla escrito, la novela me parece más novela todavía. Ni yo mismo podría recordar ya qué parte de ella es verdad y qué parte imaginación. De todos modos, tampoco esto me importa ya. Nunca me ha importado mucho, así que menos ahora, en que, después de varias novelas, cada vez sé menos de éstas.

El trabajo de escribir consiste precisamente y entre otras cosas en difuminar los géneros, en tanto en cuanto que éstos no son más

que convenciones. Y, en cualquier caso, lo que me interesa a mí es transmitir sentimientos, que son lo opuesto a las normas. Para normas ya tenemos suficientes en la vida.

JULIO LLAMAZARES
Primavera de 2006

A mi madre, que ya es nieve.

Mientras pasan los títulos de crédito

La pregunta no es si hay vida después de la muerte; la pregunta es si hay vida antes de la muerte.

La frase la leí alguna vez en algún sitio (o la soñé, que es lo mismo) y ahora vuelve a mi memoria al contemplar de nuevo estas fotografías que mi madre guardó y conservó hasta su muerte y que resumen en treinta imágenes los primeros doce años de mi vida. Los que pasé en Olleros, el poblado minero perdido entre montañas y olvidado de todos en un confín del mundo donde mi padre ejercía de maestro y donde yo aprendí, entre otras cosas, que la vida y la muerte a veces son lo mismo. Un pueblo duro y violento (por más que lo rodeara un bucólico y bellissimo paisaje) en el que se hacinaban y trabajaban más de ochocientas familias y en el que nada recordaba ya a la pacífica aldea de montaña que Olleros, ciertamente, debía de haber sido en algún tiempo y que ahora, erróneamente, evocan en mi memoria algunas de estas fotografías.

Todo había comenzado, al parecer, al despuntar el siglo XIX, con la llegada a aquellas tierras de El Inglés, un extraño y legendario

personaje que apareció un buen día por la zona cargado de herramientas muy extrañas y sin otra compañía que un caballo. Tras unos cuantos meses en el valle explorando los montes y las cuevas del contorno y preguntándoles a los vecinos de los pueblos lo que éstos aún entonces ignoraban, El Inglés regresó a su tierra para volver poco tiempo después acompañado de otras personas y trayendo más herramientas y maquinaria.

Lo que El Inglés buscaba era, según parece, el hierro que los romanos, que también habían pasado por Olleros —aunque de su recuerdo ya nada quedara—, habían dejado olvidado. Los ingleses, por su parte, también dejaron cuando se fueron, después de un tiempo en el valle, algunas pocas cosas olvidadas (una caldera de cobre, un gran baúl de hojalata y una batea oxidada que una familia del pueblo conservaba todavía), las ruinas de la mina Imponderable —como ellos mismos la bautizaron— y el hilo de una leyenda que en seguida retomaron otros aventureros y buscadores de fortuna llegados de todas partes.

Que se sepa, ninguno de ellos encontró nada. Todos se fueron igual que habían llegado (salvo quienes, en el empeño, se quedaron para siempre allí enterrados), sin dejar otro recuerdo de su paso que alguna lejana anécdota y una serie de agujeros dispersos por la montaña. Éstos fueron, precisamente, los que, agran-

dados, sirvieron con el tiempo a Miguel Botías para iniciar sus trabajos.

Botías era un ingeniero que, al igual que los ingleses, apareció un buen día por Olleros siguiendo las viejas huellas de los romanos. Pero, al contrario que aquéllos, Botías no era un romántico. Al revés que los ingleses y que los muchos aventureros que llegaron tras su estela, Botías representaba a un consorcio de empresarios y venía bien provisto de dinero y de licencias para explotar los yacimientos del valle. A él no le interesaba sólo el hierro de los romanos. A él le interesaba el hierro, pero también el carbón que dormía el sueño del tiempo en las entrañas de la montaña y que, en unión de aquél, podía un día, según él, convertir aquella tierra en El Dorado.

Las minas de Miguel Botías (tres chami-zos de apenas metro y medio de diámetro: la Moderna, la Antigua y la recuperada Imponderable, cuyas ruinas aún se veían, cuando yo viví en Olleros, semienterradas bajo las zarzas) comenzaron a funcionar hacia mitad del siglo XIX y en ellas trabajaban a las órdenes de aquél varios vecinos de Olleros que alternaban el oficio de mineros con su trabajo en el campo. Eran hombres arriesgados, sin apenas herramientas, mal vestidos y sin más conocimientos del oficio que los que el propio Botías se preocupase de darles, por lo que muchos murieron en los continuos derrabes y corrimientos de tierra que

cada poco se producían en las entrañas de la montaña.

Pero el camino ya había sido iniciado. Tras los pasos de Botías, llegaron más empresarios que empezaron a excavar en otras partes y que ocupaban a más gente a medida que las minas avanzaban. El trabajo, aunque arriesgado, era rentable y, aunque el temor a un final como el que muchos tuvieron los asustaba al principio, cada vez eran más los que se decidían a ir a la mina abandonando sus antiguos trabajos en el campo. Y, así, en poco tiempo, el valle entero se convirtió en un hormiguero en el que se afanaban todos los hombres, e incluso algunas mujeres, de las aldeas de la comarca.

Fue por entonces, hacia 1845, cuando empezó a construirse en Sabero, el pueblo mayor del valle, la que sería, aunque por poco tiempo, la primera fundición de España. La competencia de las minas castellanas, de menor calidad y potencia, pero mejor comunicadas, convenció a los empresarios de la zona, empezando por Botías, de la necesidad de unirse para intentar realizar el sueño que éste había imaginado: fundir allí mismo el hierro utilizando el propio carbón y el mineral de la Imponderable. Fue así como nació la Sociedad de Minas Palentino-Leonesa (llamada así, más que por su área de acción, por el origen de los asociados) y como empezó a levantarse, sobre proyecto de un ingeniero francés, el primer alto horno de España. La maquinaria la trajeron

de Inglaterra hasta el puerto de Gijón; de donde se trasladó hasta Sabero en carros, y empezó a funcionar hacia el final de 1847 entre la admiración y la euforia de sus mentores y de toda la gente del valle. En sus mejores años, la Ferrería de San Blas, como la bautizaron por el nombre de la ermita a cuya sombra se levantaba, llegó a tener dos altos hornos de cincuenta y siete y sesenta pies de altura, alimentados por calderas de vapor y ventilados por dos máquinas soplantes. La instalación se servía con vagonetas tiradas por bueyes que acarreaban el carbón desde la boca de las minas y producía no menos de dieciséis toneladas diarias de hierro que después se cortaba, en los propios talleres de la ferrería, en diferentes formas y tamaños. Pero el producto era de mala calidad (se resquebrajaba siempre por los bordes, incluso una vez forjado) y la mítica ferrería fue perdiendo actividad hasta que, en 1862, cerró definitivamente, quince años tan sólo después de haber sido inaugurada. Abandonada y a merced de los ladrones y del óxido, la maquinaria desapareció y el enorme edificio empezó a arruinarse hasta acabar convertido con el paso del tiempo en el depauperado y triste espectro arquitectónico cuyas bóvedas servían de cobijo a las parejas de Sabero y entre cuyas ruinas se iniciaron en el amor y el tabaco varias generaciones de adolescentes.

Con el cierre de la ferrería, la Sociedad de Minas Palentino-Leonesa comenzó a decaer hasta que terminó siendo absorbida, como el resto de

las compañías, por Hulleras de Sabero, la gran empresa que yo conocí ya y que, desde la llamada *huelga del hambre* (la gran huelga minera de 1917 que duró medio año y que obligó a muchas familias a emigrar hacia otras partes), explotaba en solitario todo el valle. El director era un ingeniero vasco descendiente directo de sus fundadores y a sus órdenes trabajaban cerca de dos mil personas, la mayoría de las cuales vivían en Olleros, donde la empresa, para preservar Sabero, que era el sitio en el que estaban las oficinas y los chalés de los ingenieros, había decidido construir los pabellones destinados a viviendas de los mineros. En virtud de ello y de quienes, atraídos por la fama de las minas, recalaban en Olleros para establecer allí toda suerte de comercios y negocios familiares, la pacífica aldea que El Inglés conociera un siglo antes era ya, cuando yo viví allí, un sucio y turbulento hacinamiento de casi cuatro mil almas.

Era un pueblo de aluvión, crecido anárquicamente y hecho a golpe de oleadas siguiendo el curso del valle y los estrechos barrancos que formaba entre sus pliegues la mayor de las montañas. Estaba, por un lado, el pueblo viejo, invadido poco a poco por la mina y ya prácticamente abandonado, y estaban, por el otro, las barriadas que la empresa había ido construyendo para acoger a la gente que se instalaba en Olleros a medida que las minas avanzaban (y que, de la misma manera, se marchaba cualquier día sin

dejar detrás de sí más que un reguero de deudas y el polvo de sus zapatos). Con esa gente, y con los hijos de esos mineros para los que la propia vida no valía mucho más que una partida de cartas (acostumbrados como estaban a jugársela allá abajo), fue con los que yo aprendí todo lo realmente importante que he aprendido con los años. Por ejemplo —y vuelve otra vez la frase—, que la pregunta no es si hay vida después de la muerte, sino antes.

Puede que la primera vez que la oí (o la soñé, que es lo mismo) fuera ya lejos de Olleros y en un tiempo diferente al evocado. Quizá la leí en un libro o la oí en una canción de la que no recuerdo la música ni dónde ni quién la cantaba. Pero, curiosamente, ahora vuelvo a recordarla al ver de nuevo estas fotos que mi madre conservó y guardó junto a mis cartas —las pocas cartas que le escribí, pero que ella siempre esperaba—, tal vez porque su visión me trae también una imagen que creía ya perdida bajo el manto de la nieve acumulada en mi memoria por los años: la de los mineros que volvían del trabajo antes del amanecer, con todo el pueblo nevado, y cuyas figuras negras me cruzaba por la calle cuando, para ir a Sabero, salía de madrugada, sin saber nunca muy bien si eran hombres o fantasmas. Que es lo mismo que ahora pienso, sólo que también de mí, al ver de nuevo estas fotos que el destino me devuelve para hacerme recordar —¿o inventar?— aquellos años.